

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

LAMIAS Y VAMPIROS

La leyenda de las *lamias* parece que tiene su origen en Africa, aunque fué absorbida pronto por la mitología griega, la cual, por cauces literarios y folklóricos diversos, la expandió por el mundo clásico. Esta leyenda, insisto, tiene varias formas, y como tengo que referirme a alguna para ilustrar esta lectura, escogeré la que más me agrade.

Lamia era una reina de extraordinaria belleza, pero de un corazón tan duro y cruel, que más que el de un ser humano hacía creer en el de una bestia feroz. Y en eso, precisamente, la transformó el juicio de los dioses: en un monstruo sin alma. Cuenta Diodoro de Sicilia que, «después de haber perdido a todos sus hijos, furiosa por el disgusto y por los celos contra las otras mujeres más dichosas que ella, ordenó que se quitara a los niños de los brazos de sus madres y se les matara. Esta tradición se ha conservado hasta

nuestros días (siglo I a. d. C.), en los que se asusta a los niños pronunciando el nombre de la reina Lamia. Cuéntase, además, que cuando esta reina estaba en estado de embriaguez permitía a sus vasallos hacer todo lo que querían, y como entonces no se preocupaba de nada de lo que en el país acaecía, se imaginó que estaba ciega. . . . Eurípides mismo parece atestiguar que Lamía había nacido en Libia, cuando dice: *¿cuál es el mortal que desconoce el nombre odioso de esta Lamia, natural de Libia?»* (1).

El carácter feroz atribuído a esta mitológica reina africana, hace que al evolucionar el mito, enriquecido y transformado por las numerosas corrientes folklóricas de los pueblos por donde atravesó la leyenda, se la considerara, definitivamente, como un monstruo portador de maleficios, plagas y toda clase de perversas y mortales influencias..

En el país vasco se clasificó a las *lamias* —ya convertidas en plurales esperpentos— como guardadoras de tesoros y dueñas de una voz cautivante y dulce como la de las sirenas que, deseando perder a Ulises, querían envolver al astuto rey en el engaño de sus miríficas melodías para llevarlo, de haber sido escuchadas, a los abismos donde reinan la soledad y la muerte. El folklorista español Julio Caro Baroja, en el amenísimo estudio que les dedica a «Las Lamias vascas», nos ilustra en forma erudita sobre este aspecto. He aquí un caso citado por Caro: «Había una vez un hombre que se encontró con una lamia a la orilla de un río; la lamia le dió al hombre el utensilio con que los vascos cardan el lino y que era de oro y le dijo: si te vas hasta tu casa sin volver la cabeza

(1) Diodoro XX, 41.

hacia atrás durante todo el camino, esta «xarrantxa» (el utensilio de marras) será para ti.

«El hombre empezó a andar hacia su casa muy contento, sin volver la cabeza. Ya tenía recorrida la mitad del camino cuando oyó una voz de mujer que cantaba muy bien (era la lamia). Tuvo ganas de volver la cabeza, pero se acordó de la «xarrantxa» y no lo hizo. Durante el resto del trayecto fué tentado por la voz de la lamia.

«Por fin llegó a su casa; cuando iba a cerrar la puerta volvió la cabeza para satisfacer su curiosidad, pero al momento vino una mano por el aire que le quitó la «xarrantxa», quedándose así sin nada» (1).

En otra oportunidad ocurrió que un joven de un cacerío de Garagartza (en Montedragón) subía diariamente al cerro donde llevaba a pastar sus ovejas. Una lamia de aspecto joven, vestida de oro, saliendo de la cueva donde vivía, fué un día al encuentro del pastor y le hizo proposiciones de casamiento. El muchacho volvió al monte y consultó el caso con su madre. Esta le dió un consejo: le dijo que se fijara en los pies de la mujer del monte.

Cuando el pastor subió a visitar a la joven, vió a ésta que, sentada sobre un cornero estaba peinándose y notó que sus pies eran como pies de ganso. Por lo cual no quiso contraer matrimonio con ella. Pero enfermó luego y murió. La lamia asistió a su entierro llegando sólo hasta la puerta de la iglesia (2).

Esta narración tiene similitud con la creencia que existe en la sierra de Avarar de una Dama llamada

(1) J. Caro Baroja: «Algunos mitos españoles». Ed. Nacional Madrid, 1944.

(2) J. C. Baroja: Ob. cit., pág. 54.

de Burumendi porque suele aparecer cerca de la cueva de este nombre. Según esta creencia un joven del cacerío de Burugoena, de Bearaín, se enamoró y contrajo matrimonio con ella. Luego observó que su mujer no iba a la iglesia, ni había manera de persuadirla a que asistiera a las funciones religiosas, y que tampoco cuidaba de bautizar ni de educar según la religión a los siete hijos que había tenido. Por todo lo cual se decidió a llevarla a la iglesia en un carro, juntamente con sus hijos. Mas, cuando ya estaban cerca del templo, ella se puso ardiendo en llamas y, elevándose en el aire, volvió a su antigua morada de Burumendi (1).

Pero estas historias de lamias de que aquí doy cuenta se refieren a lo que podríamos llamar espíritus semibondadosos, con cierto carácter de humanidad cordial. En otros puntos de Europa estos trasgos portan siempre horribles maleficios. El demonólogo Collin de Plancy los presenta como demonios que se encuentran en los desiertos bajo la figura de mujeres con cabeza de dragón en las puntas de los pies. «Las lamias—dice—habitan los cementerios, desentierran los cadáveres y se los comen, no dejando más que los huesos».

Es verdad que aclarando su información el célebre autor del *Diccionario infernal* agrega estos elocuentes párrafos:

«Después de una larga guerra viéronse en Siria por muchas noches una infinidad de lamias que devoraban los cadáveres de los soldados sacándolos fuera de la tierra. Quisiéronlas perseguir y algunos jóvenes mataron muchas a tiros, y al otro día se reconoció que aquellas lamias eran lobos y hienas.

(1) J. C. Baroja: Ob. cit., pág. 55

«Encuéntrense en la Libia lamias muy veloces en el correr, que para mejor devorar los viajeros, les muestran sus gracias sin hablar, porque su voz es un silbido de serpiente. Supónese que también hay de estos demonios en Africa; pero sea lo que quiera, es cierto dice Leloyer, que existen de ellos, puesto que esta creencia era muy admitida entre los antiguos. El filósofo Menipe fué amado de una lamia; pero le avisaron que desconfiase, y así ella no lo pudo atraer para devorarlo. Semejante a las hechiceras añade Leloyer, estos demonios son muy golosos de chiquillos.

«Los demonómanos no están conformes sobre las figuras de las lamias. Torquemada dice en su examen que son mujeres con pies de caballo; otros las llaman lechuzas por el grito y la golosina; otros dicen ser una especie de sirenas, y otros las comparan a los golos (1) de Arabia» (2).

Desde otro punto de vista el teólogo suizo Luis Lavater, en su libro sobre los espectros de la antigüedad define a los espíritus de nuestro comento con una mayor precisión informativa que la de Collin de Plancy, no siempre—en éste como en otros casos abundantes—erudito ni bien informado. Dice Lavater:

«Los escritores antiguos describen a las *lamias* como mujeres poseedoras del hórrido poder de sacarse los ojos a voluntad y también como una especie de demonios o espíritus. Estas últimas se dice que gustan apa-

(1) *Golos*: Espectros de la misma clase de los vampiros y lamias, muy adentrados desde tiempo inmemorial en las creencias supersticiosas de los árabes y de casi todos los pueblos del medio Oriente. Los que hayan leído los cuentos de *Las mil y una noches* se habrán encontrado muchas veces con este nombre.

(2) J. Collin de Plancy: *Diccionario infernal*; en la palabra «lamia».

recer a guisa de hermosas cortesanas, las cuales por medio de incitantes embaucamientos logran atraer a regordetes y sonrosados donceles, a quienes, luego de aprovecharlos, devoran de un solo bocado. Filostrato en su *Vida de Apolonio* cuenta el hecho extraordinario o leyenda, de un cierto Menipo, que cayó en las garras de una *lamia*. También nos dice que estas *lamias* son conocidas a veces con el nombre de *larvas* (1) y *lemures* (2) a quien asimismo se les da la denominación de *empuras* (3), nombres todos éstos que las nodrizas usan para asustar a los niños. Dion Crisóstomo relata que en el Africa Central hay una clase de bestias feroces a quienes se denomina *lamias*. Tienen éstas la apariencia de bellas mujeres y sus pechos son tan suaves y blancos que no habría pincel capaz de copiarlos. De estos atractivos se aprovechan con desenfreno, pues con su impostura provocan en los hombres lúbricos deseos, pero luego de tenerlos a su alcance los destrozan y devoran cruelmente. De ahí que el profeta Jeremías diga en *Lamentaciones*, capítulo IV, versículo 3.º: «Hasta las *lamias* han saca-

(1) *Larvas*, es el nombre latino que los romanos daban a las ánimas o espectros de los muertos que en vida tuvieron un destino malvado. Andando el tiempo se les confundió, sin embargo, con los lares y manes; y por último con varios espíritus diabólicos, entre ellos las *lamias*.

(2) *Lemur*, es el nombre latino que se da a los fantasmas. Para los romanos eran espíritus de muertos que en vida no hicieron nada digno del furor de los dioses. En otras palabras, comparados con las *larvas* eran las ánimas buenas, aunque no adornadas de la calidad divina de los *manes*.

(3) *Empura*, nombre griego para señalar a ciertos horribles fantasmas. A fin de tener quietos en las sombras a los habitantes del Tártaro, la diosa *Hécate* valíase de las *empuras* para llenar de pavor el alma de los condenados.

do sus pechos y han dado de mamar a sus pequeños» (4).

Idealizando estas creencias legendarias el poeta inglés Keats escribió *Lamia* uno de sus más inspirados poemas, alguno de cuyos versos, los que coinciden con los rasgos que acabo de citar, los he adaptado al castellano ajustándome, en lo posible, a su original factura:

Lo afligió la cruel dama con la idea
de perder la exquisita aunque apagada
promesa de una vida enamorada,
que al margen de la tierna niña crea
sin importarle que su angustia vea.
Y si fulgor sus ojos demostraron,
con un brillo mayor se iluminaron
cuando puso sus labios en los labios
que le ofrece la boca apetecida
e insufla frescor íntimo a esa vida
atrapada en la red de sus resabios.

(Más adelante este cuadro se entenebrece: Lysius (héroe del poema) descubre que ha entregado su corazón a una lamia y la desesperanza en que dejara sumergida a la incauta novia a quien primero había entregado la fe de su cariño, la sufre él en su propio corazón y muere en medio del estupor de todos, con el traje que iba a llevar en sus propias nupcias.)

(4) Luis Lavater: *De spectris lemuribus et magnis atque insolitis fragoribus et praesagitionibus quae obitum hominum, clades, mutationesque imperiorum praecedunt*, Zurich 1570. Lavater fué miembro prominente de la Reforma Calvinista, y tuvo en su época (1527-1586), un papel de gran importancia en la vida eclesiástica de Suiza.

Y resonó su voz: —«¡Una serpiente!»
Apenas esto dice, temblorosa
con un gesto de horror se desvanece
la figura ideal; y los fervientes
brazos de Lysius, del demonio o diosa
vacíos se quedaron...

Languidece,
entretanto, su vida; y una noche,
en su alto lecho, agónico y rodeado
de un afectuoso conclave de amigos,
que de solicitud hacen derroche,
en su traje nupcial engalanado
muere ante el mudo cerco de testigos.

Naturalmente, supersticiones como las que acabo de señalar, repugnaban a muchos espíritus advertidos de los siglos medios de Europa y muchas autoridades teológicas y profanas se opusieron con el brillo de sus luces a tan densas nieblas de la ignorancia colectiva. Algunas de estas defensas, sin embargo, en cierto modo eran más infantiles que la creencia misma que perseguían y sus errores menos disculpables. Tal el caso, por ejemplo, del padre Eusebio Nieremberg, autor del libro *Curiosa y oculta filosofía*, que cita Caro Baroja, en el que se halla el siguiente pasaje:

«En estas historias de monstruos peregrinos, que algunos autores puntuales han aseverado, se ha de advertir, que siendo muy verídicos nos pueden haber engañado por engañarse, no en el gesto y talle de la figura, ni en su relación, sino en substancia, calificando por hombres los que quizás fueron demonios con bultos disformes, que en desiertos suelen aparecer como Isaías apuntó; y San Antonio experimentó en el Centauro y Sátiro; y hay otros ejemplos, que no quie-

ro amontonar, aunque acordaré por hacer en parte a mi propósito, una historia que don Lorenzo Ramírez de Prao me enseñó en el libro manuscrito del conde don Pedro, hijo del rey don Dionis de Portugal, que en su selecta librería tiene. Dice el conde don Pedro, diligente autor, que los señores de Vizcaya vienen de una mujer que tenía el pie de cabra. Si toda la historia que propone pasó así, demonio fué, con aquella monstruosidad hallada en los montes por don Diego López, cuarto señor de Vizcaya según su cuenta, que por hacer caer a este caballero en pecado, en lo demás se le mostró de gesto muy agraciado, ni es de inconveniente a este parecer que tuviese hijos. Pudo también el demonio fingir los partos» (1).

En resumen, las explicaciones que en la Edad Media y durante y después de los días del Renacimiento se dió sobre las *lamias*, era el mismo que he señalado anteriormente: una adaptación de los mitos y creencias paganas a las nuevas formas interpretativas de los teólogos cristianos, que sólo quitan calidad individual a esos mitos para agregarle a Satanás y su cohorte, mayores y más diversas formas de engaño.

Algo distinto a lo anterior es el caso de los *vampiros*.

Los *vampiros* son entes que un día pertenecieron al reino de los vivos pero que aún habiendo traspasado el límite de la existencia humana no están definitivamente muertos. Sus características dentro de las creencias legendarias de la Europa Central, según Montague Summers, son asimismo heterogéneas, pues

(1) J. Caro Baroja: Ob. cit., pág. 55 y sgts. El texto transcrito del padre Nieremberg, viene en castellano antiguo, pero aquí lo he modernizado para facilidad de los lectores.

aunque tienen inclinaciones demoníacas, no son demonios; y aunque actúan como espíritus, no son espíritus. Se les ha definido como «el cuerpo vivo, malévolo y criminal de un muerto». Esto es, una completa paradoja ¡Un cuerpo vivo y muerto! He aquí, sin embargo, la contradictoria e incomprensible naturaleza que el pueblo le daba a los vampiros (1); otra definición más que trae Montague Summers que acabo de citar, nos lo presenta como «un cuerpo muerto que continúa viviendo en la tumba, a la que abandona, sin embargo, en la noche con el propósito de chupar la sangre a los vivos, con la que se alimenta y preserva en buenas condiciones, en vez de entrar en descomposición como el cuerpo de los difuntos».

Insisto en que dentro de estas creencias folklóricas, y a pesar de su loca concupiscencia y sus horribidas características infernales, los vampiros no pertenecen a las categorías demoníacas, pues los demonios no tienen cuerpo, aunque se presentan con apariencias corporales; ni puede tampoco a los vampiros, por esta misma razón, considerárseles *espíritus* o *fantasmas*, ya que éstas son *apariciones*; esto es, hechos *intangibles*.

Ahora bien, ¿cómo explica la superstición popular la generación de estos entes?

Podría contestarse que con un simplismo supersticioso, repleto, no obstante, de principios escatológicos: la leyenda cree que todo *vampiro*, antes, en su vida normal terrena, fué un devoto de las prácticas de la Magia Negra, lo que hace difícil suponer a la imaginación popular que la conducta de estos brujos só-

(1) Estas palabras son de Scoffern en su *Stray Leaves of Sciences and Folk Lore*, citado por Montague Summers en *The Vampire his Kith and Kin*. London, 1928.

lo tenga sanciones en el misterio de la vida ultraterrena; de ahí que antes de darlos por definitivamente muertos les asignen aquí, para la soledad fría del sepulcro, una especie de precastigo sobrenatural. La pena consiste, claro está, en una mezcla de sufrimiento para el vampiro; y de terror y peligro para los vivos. Porque aunque éste se mantiene en perpetua agonía por la falta de sangre humana con que debe calentar sus arterias, no es menos cierto que sus víctimas terrenales abundan, y éstas pagan, con su inocente sacrificio, el daño que, necesariamente, debe causarles ese monstruo sepulcral.

Se ha querido incluir en tales creencias la idea de que los vampiros son hijos del demonio y de las brujas; esto es, del coito entre un ente espiritual y uno de carne y hueso. Pero esta mitología pertenece más bien, como ya lo indiqué oportunamente, a la teoría de los súcubos y los incubos.

Ahora bien, acabo de expresar que esta clase de monstruos se generan, de acuerdo con los datos que nos da el folklore de la Europa Central, entre individuos que en vida practicaron la Magia Negra; pero puede ocurrir que esta generación se produzca, asimismo, cuando al difunto, sin ser brujo, se le entierre empleándose un ceremonial de ritos no canónicos o mutilados. Esta idea, por otra parte, ya la tenían los griegos, por lo menos desde la época de Homero; pues hay un pasaje en la «Iliada» en que el alma de Patroclo pide con clamorosa urgencia que se cumplan las últimas ceremonias rituales que aun faltan para que tenga paz en su tumba:

«Duermes, Aquiles, y de mí olvidado
aquí reposas? Cuando yo vivía,
mucho de mí cuidabas cariñoso;

y viéndome ya muerto, me abandonas.
Tú me sepultas, porque pronto pase
del averno las puertas; pues las almas
que imagen son de los que ya murieron,
lejos de allí me apartan, ni permiten
que pasando del río a la otra parte
yo me junte con ellas; y afligida
y en derredor errante del alcázar
de Plutón que defienden altas puertas,
vaga mi sombra. Alárgame tu mano,
y la última vez sea; que a tu vista
ya no volveré más, desde que el fuego
a cenizas reduzca mi cadáver».

Así habla el alma de Patroclo a su amigo Aquiles, y luego de explicarle lo que debe hacer para que su cuerpo pueda descansar en paz, Aquiles le responde lleno de dolor pero seguro de sus palabras promisoras:

«¿Por qué, dulce Patroclo, aquí has venido y esto exiges de mí? *Lo que me encargas fiel ejecutaré*; pero acércate para que tu cuello ciña con mis brazos y aunque breves instantes el consuelo tengamos triste de llorar unidos».

Así Aquiles decía y alargaba las manos para asirlo, mas no pudo estrecharle en sus brazos; que la sombra desapareció cual humo, y en la tierra se hundió dando chillidos. Saltó el héroe atónito del suelo, y una mano con otra hiriendo, en lamentable tono dijo a sus capitanes: «Por mi vida,

que en las mansiones de Plutón oscuras
hay alma y simulacro, pero cuerpo
no tiene el que allí está. Toda la noche
cerca de mí, llorosa y afligida
del mísero Patroclo estuvo el alma;
*y me explicó lo que en memoria suya
hacer yo debo, y semejante mucho
a él era cuando vivo»* (1).

Asimismo pueden transformarse en vampiros los suicidas; los que hicieron parricidio; los que en un momento de cólera ultrajaron o asesinaron a varones ungidos por la gracia o entregados a una vida de santidad; los que violaron los templos o profanaron los sepulcros. Curiosos casos de vampirismo lo dan, también, los hombres que faltaron a su juramento matrimonial determinando con ello el suicidio de la mujer amada, y los avaros que en circunstancias de dramática urgencia permitieron morir a la persona o personas que con su protección, aún avariciosa, podrían haberse salvado de ese minuto de locura mortal que los llevó a poner fin a su existencia.

Estas supersticiones tuvieron vida sólida durante muchos siglos. Aun en su época, llamada «de los filósofos», Voltaire se pregunta con sarcasmo: «¿Es posible que haya vampiros en el siglo XVIII después del reinado de Locke, de Saftersbury, de Trenchard y de Collins? ¿Y en el reinado de d'Alembert, de Diderot, de Saint Lambert y de Duclós se crea en la existencia de los vampiros, y el Reverendo benedictino dom. Agustín Calmet imprima y reimprima la historia de los vampiros con la aprobación de la Sorbona?»

(1) *Ilíada*, Lib. XXIII.

Y para establecer una línea divisoria que separe la cultura positiva de unos pueblos con respecto a las supersticiones infantiles de otros, hace una afirmación desgraciadamente falsa. «Los vampiros—explica—eran muertos que salían por la noche del cementerio para chupar la sangre a los vivos, ya en la garganta, ya en el vientre y que después de chuparla se volvían al cementerio y se encerraban en sus fosas. Los vivos a quienes los vampiros chupaban la sangre, se quedaban pálidos y se iban consumiendo; y los muertos que la habían chupado, engordaban, les salían los colores y estaban completamente apetitosos. En Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena, eran los países donde los muertos practicaban esa operación. Nadie oía hablar de vampiros en Londres ni en París» (1).

En esta última afirmación, Voltaire cae en un error positivo. Es verdad que en Inglaterra el vampirismo fué desconocido durante todo el tiempo de la ordenación social anglosajona, aunque en algunos restos o fragmentos de leyendas de los antiguos tiempos se pueden encontrar indudables rastros de una tradición folklórica parecida. Mas, a medida que la interdependencia de las islas británicas iba extendiéndose en el telar político de las incipientes nacionalidades europeas, en tren de un nuevo social desenvolvimiento, el bagaje folklórico de los países continentales principió a viajar, con frecuencia cada vez mayor, hacia las nieblas de la rubia Albión e islas adyacentes. Lo mismo puede decirse de Francia. Sin embargo, ni ésta ni Inglaterra, aparecen como medios propicios al des-

(1) *Diccionario Filosófico*, en la palabra *Vannpiao*.

arrollo popular de las leyendas de vampiros; no obstante, no es el caso de decir que ellas fueran *desconocidas* en su folklore nacional respectivo (2).

Varios son los remedios imaginados por las creencias populares de los europeos para terminar con un muerto que se ha convertido en vampiro. La superstición en boga aconseja que estas precauciones se tomen *cuanto antes* a fin de que el vampiro no utilice su astucia sobrehumana para evadirlas. Así, por ejemplo, a los suicidas debe colocárseles junto a las aguas corrientes. Para las creencias mágicas el agua disuelve todos los encantamientos, y es de este modo como las brujas, que tanta extraordinaria hazaña pueden cometer, son incapaces, no obstante, de cruzar un arroyo. El agua es un elemento sacro que limpia de toda culpa y purifica los actos del alma empedernida. En el acto ritual de Pilatos lavándose las manos después de su injusto veredicto en contra de Jesús, encontramos ya todos los elementos supersticiosos de esta creencia folklórica. Es uso corriente asimismo matar a los vampiros por medio de una larga aguja de acero que debe clavársele en mitad del corazón; pero el método más aconsejado en la Europa Oriental consiste en atravesarles el pecho, a la altura de esa entraña, por medio de un estacazo violento y certero, que también se le puede dar en el ombligo. Para invalidar al vampiro empléanse en algunos pueblos sistemas menos violentos, como el uso de los granos de incienso que deben ser coloca-

(2) No he querido extenderme en mayores consideraciones para probar el error de Voltaire que me preocupa en el texto. Sin embargo, a quienes deseen mayores informaciones les recomiendo la lectura sobre esta materia del libro fundamental de Montague Summers *The Vampire in Europe*, London, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., Ltd., 1929.

dos en la boca, oídos, nariz, ombligo y en lo blanco de la uña, para que el vampiro cuando despierte tenga algo que roer. Debe cubrirsele también de mijo, porque esto lo hará demorarse en salir del sepulcro mientras cuenta y se come uno a uno los granos. Como el ajo les agrada mucho, es aconsejable colocarles algunos dientes en la boca.

Luego que el vampiro esté bien muerto, al volvérselo a enterrar es necesario ponerlo al revés de lo que estaba, es decir, los pies en la cabecera y la cabeza en el sitio donde reposaban los pies. El ataúd debe repletarse alrededor del cuerpo con guirnaldas de rosas silvestres y, por último, asegurar la caja mortuoria con firmes bandas de madera.

Hay muchos otros sistemas que corren como eficaces para dar término con estos imaginarios monstruos, pero con los ya indicados creo que basta para ilustrar el criterio de los lectores respecto de tan dramática superstición.

Aquí debería iniciar capítulo aparte, pero es necesario que advierta antes de terminar este punto de mi lectura, que muchos casos de vampirismo se confundieron en otros tiempos con la *lycanthropía* (1) —delirio bestial (*zooantrópico*) lo llaman los psiquiatras— que hace que un hombre experimente los impulsos elementales de un animal salvaje, huya de la sociedad humana y trate de vivir como las bestias carniceras, de la rapiña y el sacrificio de sus víctimas.

Lo que hizo confundir tal psicopatía con el vampirismo, es que en los estados licantrópicos estos dromónamos o vagabundos gustan, como los vampiros, be-

(1) Del griego *likos*, lobo; y *anthropos*, hombre; esto es, «hombre-lobo».

ber la sangre de sus presas (1); hecho que influyó, sin duda alguna, para que la creencia popular los conexas e incluyera entre los individuos que después de su muerte se convierten en vampiros (2).

LA POSESIÓN DIABÓLICA

El abate Bergier define al *poseso* o *poseído* como «un hombre de quien se ha apoderado el demonio, a quien hace obrar y atormenta» y agrega: «se distingue la posesión de la obsesión; la primera es cuando el demonio obra por dentro de la persona de la cual se ha apoderado; la segunda es cuando obra sólo por fuera. Los poseídos se llaman también *energúmenos*, es decir, agitados interiormente».

Para la medicina moderna la *posesión* está considerada, desde hace tiempo, en los cuadros nosológicos de su Historia, pero no ocurre lo mismo en los tratados que sobre este debatido asunto han escrito y siguen escribiendo los teólogos de las diferentes confesiones en que se divide la Iglesia Cristiana, y, en especial, para el juicio de los doctores del Catolicismo Romano (3). «Si las posesiones son enfermedades naturales —razona Bergier— Jesucristo por sus palabras y conducta confirma la preocupación falsa en que

(1) Víctor Hugo en «Han de Islandia», su novela de juventud, trata in extenso el caso de un bebedor de sangre que cabe indudablemente en la lista neuropatológica de los zooantrópicos. Su lectura, aunque un poco abultada, no deja de ofrecer buenos puntos de referencia para los que gusten de esta clase de estudios.

(2) Ofr. Montague Summers: *The Vampire in Europe*, ch. V.

(3) Cfr. Bergier: *Diccionario de Teología*, en la palabra «demoníaco».

estaban los judíos, que era verdaderamente un espíritu maligno el que hacía obrar y padecer a los *demoníacos*: induce a error a sus apóstoles y trabaja para que dure la ilusión entre los que crean en él. Este proceder sería indigno del Hijo de Dios que era la misma sabiduría y verdad, y que había prometido a sus apóstoles que el Espíritu Santo les enseñaría toda la verdad».

Tenemos, entonces, que para los teólogos, la invasión por el demonio del cuerpo de un hombre vivo de cuyos órganos se apodera y cuya voluntad sojuzga, es un hecho de fe, y, por lo tanto, no admite negación en teoría; vale decir, no debe rechazarse su posibilidad en términos absolutos, como lo hace la ciencia profana. Para este criterio teológico, tal invasión, además, no sólo puede referirse a hombres; también puede ocurrir este hecho por la ocupación *ab-intrínseco* de animales vivos, árboles, plantas y aun de objetos inanimados tales como estatuas, muebles y casas. Aunque, cabe añadir, la palabra «posesión» está particularmente reservada para designar el dominio intrínseco que el demonio hace de un cuerpo humano.

Cuando un individuo queda en estado de poseso, la Iglesia lo considera accidentalmente y mientras dura la posesión —esto es los fenómenos nerviosos con que ella se caracteriza— como una conquista de Satanás.

Estos *fenómenos* pueden agruparse en dos clases: *internos* o subjetivos; y *externos* o de sensible intercurencia en relación con los fenómenos de la vida normal.

En el primer grupo están los individuos que la clasificación actual de los tipos psicológicos designa con el nombre de *introvertidos* y que, en general, tienen el aspecto de personas reservadas, silenciosas, que obser-

van y razonan para sus adentros, comunicando sólo muy de tarde en tarde las ideas y designios que los animan. Además de los introvertidos *locos*, de verdad en este grupo cuéntanse, generalmente, los sabios e inventores de la Edad Media, y un gran número de químicos y físicos excelsos, muchos de los cuales terminaron en las hogueras de la Inquisición, víctimas de esta supuesta afinidad con el diablo.

En la segunda de estas agrupaciones cabe situar en la escala de los *extrovertidos* a los locos furiosos, a los coléricos, a los alucinados y epilépticos que manifiestan el terror de sus almas inflamadas con gritos de terror y blasfemias espantosas.

En los avangelios sinópticos y en las actas de los apóstoles se ofrecen numerosos ejemplos de esta clase de enfermos que en el medio religioso de los judíos helenos considerábanse como poseídos por el demonio. «Todos los antiguos Padres —escribe Henri Klée— admiten que los demonios, con el permiso de Dios, tomen posesión de los hombres. Todos consideran a la letra lo que es dicho en las escrituras de las posesiones y de los poseídos. Testimonian ellos que los mismos hechos de posesión y de curación de los poseídos han ocurrido aún en sus tiempos, e invocan en sus apolo-gías en apoyo de la fe cristiana, el poder que tienen los fieles de arrojar a los demonios. En donde quiera que encontremos esta creencia en las posesiones, hallaremos asimismo la virtud todopoderosa del nombre de Jesús para liberar a los poseídos» (1).

Esta fué, asimismo, la creencia unánime en la atmósfera religiosa del Medioevo.

(1) H. Klée; *Manuel de l'Histoire des dogmes chrétiens*. 2e. P. ch. 3; p. 369.

La posesión siempre se produce por un acto voluntario y pecaminoso del hombre. Estos actos pueden producirse de tres maneras: por *castigo*, por *maleficio* o por *contagio*. Dícese por castigo, cuando recae sobre un inocente la falta cometida por otro. Tal ocurre con las faltas cometidas por los padres cuando recaen en la cabeza de sus hijos en dos o más generaciones. Para muchos creyentes, Caín fué un poseído y su descendencia una raza de poseídos. También cuando se inflinge en nombre de Dios al perverso o culpable, una maldición de este carácter: «¡Que el Diablo te lleve!» «¡Permita Dios que el daño que me has hecho padecer, te lo hagan pagar los diablos!»

En el primer ejemplo, en el de la descendencia de Caín, no hay culpa directa, pero la hay en la de la maldición al perverso. De ahí que no siempre la posesión constituya, por su naturaleza, un antecedente de desorden moral en el poseído y, por lo tanto, es separable de la culpabilidad individual.

Para una ética sencilla y clara, un logicismo así planteado, resulta una monstruosidad; pero yo aquí sólo expongo doctrinas para ilustrar un tema más hondo y no para discutir las en su incongruencia fundamental.

Maleficio viene del latín «*maleficus*» de «*malefacere*», en castellano *malfacer*, esto es «hacer mal». El maleficio implica la creencia supersticiosa de que empleando algunos medios con auxilio del demonio se puede causar a otro daños manifiestos, incluso la muerte misma.

Las principales especies de maleficios son siete: 1.º Los que introducen en el corazón de un hombre un amor criminal hacia la mujer de otro y viceversa; 2.º Los que inspiran sentimientos de odio o envidia a

alguna persona contra otra; 3.º Los que impiden que dos esposos, embrujados, puedan engendrar sus semejantes; 4.º Los que matan la gente; 5.º Los que causan enfermedades; 6.º Los que quitan el juicio; 7.º Los que perjudican en los bienes y empobrecen a sus enemigos.

Dice Collin de Plancy que los antiguos se preservaban de los maleficios, escupiéndose en el pecho y otros lavándose las manos por la mañana con orines.

Se creía que los demonios entraban en los animales para aumentar su ferocidad o hacerlos impotentes y perjudicar con ello a los dueños de ganado. Por eso los animales fueron también exorcizados y sujetos a tortura, como si hubieran sido racionales. Según cuentan los hagiólogos el demonio podía prestar su astucia incluso a la materia inerte y por tanto con mucha mayor razón a cualquier ser vivo. Cierta vez que San Bernardo predicaba en el púlpito de su Abadía, comenzó a molestarlo para interrumpir su pensamiento una nube de moscas; en el acto comprendió el santo que eran demonios disfrazados, los exorcizó y los inmundos bípteros al conjuro de las palabras sacras cayeron muertos al instante.

En Alemania cuando una bruja había hecho impotente a un hombre o a un caballo, se tomaban los intestinos de otro hombre o caballo muerto, y arrastrándolos hacia la casa en la que debían entrarlos no lo hacían por la puerta común sino por la claraboya o subterráneo o por debajo de tierra y después quemaban los intestinos. La bruja que había hecho este maleficio —continúa este mismo autor— sentía un violento dolor en sus entrañas e íbase directamente a la casa donde se quemaban los intestinos para tomar un carbón encendido, lo que hacía cesar el mal. Si

no se le abría inmediatamente, llenábase la casa de tinieblas con un trueno horroroso y los que estaban dentro, se veían obligados a abrir para conservar su vida. Y asegura luego: «los brujos al quitar un sortilegio o maleficio, están obligados a dar algo más considerable que lo que quitan, pues de lo contrario el maleficio recaería en ellos; empero un brujo no puede quitar un maleficio si está en manos de la justicia, pues para ello es necesario que esté en plena libertad» (1).

Desde la antigüedad pagana los maleficios fueron mirados con unánime temor por el vulgo y por las clases dirigentes; esto nos explica que apenas triunfante el cristianismo por la fuerza de las armas que encabezara el Emperador Constantino, este soberano fulminara las más graves penas en contra de los brujos y magos que por cualquier motivo utilizaran tales artes diabólicas.

El contagio demoníaco coincide como un anillo en el dedo para el que fué hecho, con el estado de neurotismo que los psicólogos denominan *contagio mental*. Todavía causa escalofríos las referencias que nos da la investigación erudita sobre la secta de semilocos fanatizados que, a principios del siglo XVIII, se conoció, en Francia y Europa, con el nombre de *convulsionarios*. A causa de este contagio, muchas histéricas, en los siglos de la Inquisición, presentábanse a los tribunales del Santo Oficio acusándose de tener relaciones o pactos con el diablo; otras, revelando hechos imaginados e inventando algunos para dramatizar cuanto más podían el relato de sus extravagantes ocurrencias. La atmósfera de superstición y de cal-

(1) Ob. cit.: v. la palabra «maleficio».

deado fanatismo que las rodeaba, convertía estos hechos en una verdadera epidemia de neurosis colectiva. A este respecto la psiquiatría contemporánea nos ofrece como ejemplo los más extraordinarios casos de autosugestión, que a su vez sirvieron para extender el contagio mental a grados de terrible peligrosidad.

Para ilustrar esta materia quisiera recordar aquí el caso de la religiosa francesa Juana de los Angeles.

No hay duda que esta mujer, además de su autosugestión en el sentido de creerse una posesa, era mítómana consumada; pero de todas maneras las afirmaciones suyas, que se hicieron notorias con la publicación de su autobiografía, dieron pábulo a un contagio que no ha sido el único, ni mucho menos el más destacado, en esta serie que nos preocupa, pero que en Francia causó un indubitable daño moral entre los enfermos nerviosos, ya predispuestos al demonismo, que sufrieron de su influencia malsana.

Enamorada imaginativamente de un sacerdote, sor Juana escribe las impresiones que el diablo producía en su espíritu durante su estado de posesa. Dice:

«Ellos (los demonios) poníanme el deseo de verlo y de hablarlo. Es verdad que yo era infiel para combatir los pensamientos y los movimientos impuros que yo sentía... pues si yo me hubiese entregado al estudio de la mortificación de mis pasiones, jamás los demonios hubieran cometido tales desórdenes en mí...»

«... Su operación en mí consistía en oponerse a todas las acciones de mi alma concernientes al culto de Dios. Es necesario que confiese con toda sinceridad que mi vileza había otorgado grandes ventajas en mi corazón al espíritu maligno. Por el espacio de dos años o más me ha tenido él en una continua insensibilidad espiritual, afirmada en una dureza de corazón incon-

cebible. Hasta ocho días estuve sin hacer un acto de adoración. Cuando estaba obligada de asistir a la misa o a cualesquiera otros ejercicios regulares, hacíalos sin ninguna atención; al contrario, mi espíritu se ocupaba de buscar los medios de entrabar a los otros su deseo de servir a Dios.

«Este espíritu maligno insinuábase tan sutilmente en mí, que yo no me daba cuenta alguna de su operación de modo que no sentía escrúpulo alguno para evadirme de tal miserable estado...» (1).

Las diversas maneras de producirse la posesión diabólica que acabo de enumerar sucintamente, tenían su contrapartida en los medios que la Iglesia Católica reconoce (y tendrá que reconocer siempre, porque ellos se originan en los elementos esenciales de su propia existencia) como eficaces para la destrucción del influjo demoníaco; pero también la superstición popular reconocía otros, propios —en su integridad— al dominio de la magia.

A éstos y a aquéllos voy a referirme en seguida.

(Continuará)

(1) Cfr. T. K. Oesterreich: *Les possédés*, p. 112-113. París, 1927.